desdichado el más postrero; otros, que no cabían en los caminos, se arrojaban al agua y por entre los carrizales salían, unos el agua a los pechos, otros a la cinta y otros en más y menos fondo.

CAPÍTULO CII. *De cómo otro día, después de preso el rey Quauhtemoc, volvieron al barrio de Amaxac; y lo que en este lugar trataron indios y españoles*

ECHA ESTA PRISIÓN DE EL REY QUAUHTEMOC y con él también rendidos y presos los dos reyes de Tetzcuco, Cohuanacotzin y de Tlacupa, Tetlepanquetzaltzin, metiéronlos con otros muchos principales en un bergantín y lleváronlos por aquella noche a Acachinanco, lugar primero donde los bergantines pararon cuando vinieron a cercar a Mexico y luego el día siguiente volvieron los castellanos a este mismo puesto de Amaxac, donde el día antes había estado Cortés con los reyes presos, todos armados, aunque no de guerra y cuando comenzaron a entrar por estos barrios de Tlatelulco, comenzaron a sentir el mal olor de los cuerpos muertos y podridos, de que estaba lleno todo el campo, calles y acequias, que era cosa cruda y espantosa y para poder pasar llevaban un paño blanco en las narices, porque el mal olor no les ofendiese tanto.

Iba el ejército hecho dos hileras, con mucho concierto y orden; iba luego el rey Quauhtemoc, vestido de sola una manta, que aunque rica y bien labrada, estaba muy sucia (pero donde faltaba limpieza de libertad no es mucho que sobren ropas sucias y asquerosas, pues el cautivo usa de lo que tiene y no pide ni viste como quisiera). Llevaba a sus lados al rey Cohuanacotzin de Tetzcuco y al de Tlacupan y Tetlepanquetzaltzin, los cuales le llevaban asido de la manta (que ésta era majestad y grandeza). Venían tras de ellos, acompañándolos, muchos señores y los de más cuenta eran Cihuacohuatl, Tlacotzin, Tlilancalqui, Petlauhtzin, Huitznahuatl, Motelchiuhtzin, Mexicatlachcauhtli, Teuctlamacazqui, Cohuatzin, Tlatlati, Tlacolyaotl; éstos, dicen, que tenían el oro y tesoros que se habían juntado en el discurso de la guerra, que se perdió la noche que salieron huyendo los nuestros de la ciudad.

Llegados todos a este puesto de Amaxac y barrio de Atactzinco, que es donde está ahora la ermita de Santa Lucía, fuéronse a la casa de Coyohuehuetzin, donde el día antes habían estado, por ser grandes y capaces para tanta gente; porque ya las de el rey estaban quemadas y destruidas y subieron a las azuteas y terrados de ellas, las cuales estaban entoldadas y ricamente aderezadas, con cortinas labradas y curiosamente tejidas; y en lo más patente y escombrado, estaba colgado un dosel y estaba puesto el asiento de Cortés, en el cual se sentó y puso junto de sí, a su mano derecha, al rey Quauhtemoc y a la izquierda, a los otros reyes y luego a los otros señores, en presencia de muchas gentes que para este efecto se jun-

taron. Sentados todos, así indios como castellanos, siguiendo tras de los capitanes los otros más honrados y de cuenta en persona y oficios. Lo primero que Cortés pidió al rey y a los otros señores, por lengua de Marina, que estaba a su lado, fue el oro y tesoros que habían dejado perdidos, y todos los demás, que era de el emperador Motecuhzuma; trajeron mucho de lo perdido y pusiéronlo delante de el capitán; pero pareciéndole (como en realidad de verdad era así) que aquello no era todo lo que dejaron, ni que con mucho llegaba a ello, volvió a hacer instancia en que pareciese. Excusóse el rey de Mexico y los otros señores, diciendo los de Tenuchtitlan que los de el Tlatelulco habían salido con canoas, por agua a la guerra, lo habían sacado, y los tlatelulcas que los tenochcas, que fueron por tierra. Pero en resolución, no hubo por entonces más de lo que allí pensaron, que aunque en respecto de lo que faltaba era poco, era en sí mucho y grandísima riqueza, con la cual no se contentaban. Y no se trató de más porfiar en esto, pareciendo impertinente la porfía y que habría mejor ocasión de tratarse.

Lo segundo que se trató en esta junta fue, de el modo de recoger los tributos y en qué manera se cobraban de las provincias y se repartía. Aquí se respondió, que los tres reyes de Mexico, Tetzcuco y Tlacupan, se juntaban con toda su gente, para ir a conquistar las provincias, aunque los señores de ellas, en ninguna cosa hubiesen ofendido a estos tres señores, ni a sus tierras; y que en venciéndolos, repartían entre sí aquella provincia y hacían otras diligencias para asegurar su dominio, y mandábanlos acudir con los tributos a Mexico; y aquí se repartían entre los tres señores, según la traza que daba el de Mexico (como decimos en otro lugar). Hizo señor de Tlatelulco a un principal, llamado Ahuelitoctzin, que después se llamó don Juan y aunque se excusaba y lo rehusaba por parecerle ofensa que hacía al rey Quauhtemoc, al fin lo aceptó porque Quauhtemoc le dijo que hiciese lo que le mandaba el capitán, y vivió en el gobierno de Tlatelulco muchos años. A Quauhtemoc le quedó el señorío de la otra parte de Tenuchtitlan, que si sintió uno esta división que le hicieron de su señorío (que al fin era rey, como lo fueron todos sus antecesores) dijéralo él cuando vivía, que yo digo que tuvo harta ocasión de sentirlo. Y con esto se acabó esta junta y Cortés se hizo señor de Mexico y de todos sus reinos y provincias.